

A CAMBIO DE LETRAS

LA verdad es que en ocasiones Jaime Campmany es malgasta o malvende su espléndida pluma. Es lógico; ¡tantas veces ha explicado que gana el pan con el sudor de esta tinta!... De ahí que no pueda serle exigido, en rigor, actitud generosa. En "Letras de Cambio", que es un hermoso rótulo para su conducta literaria, acaba de reducir el discurso que el líder de "Fuerza Nueva" pronunció en el cine Morasol a una simple anécdota. ¡Es tan fácil caricaturizar un texto por el procedimiento de extraer de él una sola frase que hasta los alumnos de la Facultad de Ciencias de la Información podrían emular en ese orden el empuje del maestro! Según parece, don Blas Piñar dijo a sus fervorosos seguidores que "estamos dispuestos a salir a la calle para defender la dignidad de los españoles". Y esa frase, separada del cuerpo del discurso, le ha servido a Campmany para arremeter contra el popular notario madrileño. Lo mismo podría arremeterse contra José Antonio cuando escribía aquello de la dialéctica de los puños y las pistolas o cuando le explicaba a Franco, en una memorable carta, que no se había entibiado su resolución de salir con un fusil a defender a España aunque estaba en la certeza de que saldría a participar en una gloriosa derrota.

No trato de establecer comparaciones que el propio Blas Piñar rechazaría de plano. Trato de explicar, con honradez, que no se puede juzgar un discurso de dos horas con una frase de medio minuto. Por lo menos a mí me parece una inmoralidad. O, si se quiere, un fraude para el lector. No creo que el incidente valga la pena. Si la frase comentada por Campmany fuera mía, no me habría preocupado en absoluto. Las afirmaciones del ilustre periodista casi nunca son definitivas, como los informes forenses; ni siquiera provisionales. Son efímeras o sólo circunstanciales. Fugaces, siempre. Sin ir más lejos, el pasado lunes, Jaime Campmany arremetía contra la manifestación republicana de que hicieron gala los jóvenes socialistas del PSOE en el Palacio de Exposiciones y Congresos. Leyéndole diríase que se habría sentido herido

en un hondo fervor monárquico. Se trataba, también, de una frase circunstancial, como aquella otra que, en sentido contrario, hizo en el diario "Madrid" cuando aseguró: "Deseo para mi país una República presidencialista, que me parece la más moderna y democrática fórmula para conjugar, con equilibrio, la autoridad y la libertad". Esto lo sostenía, como digo, el 8 de julio de 1969, pero ¡ay!, el día 21 de ese mismo mes y año sumaba su sí a la propuesta de Francisco Franco para que el Príncipe don Juan Carlos de Borbón sucediera al Caudillo en la Jefatura del Estado a título de Rey, y España recobrase su milenaria Institución. ¿Y qué voy a decir yo de sus hermosas arengas —pajaritas— a los maestros? Aquellos inolvidable artículos conmovieron a los docentes de España entera que, de alguna forma, contribuyeron a llevarle a un escaño "familiar" de las Cortes de Franco. Pero cuando la Ley de Educación inició sus debates — ¡tengo tantas anotaciones de aquellas jornadas! — Jaime Campmany volvió la espalda a la expectante comunidad de educadores primarios, alguno de los cuales escribiría cartas a un semanario confiado a mi dirección, que para no agriar más las cosas, tuve mucho cuidado de no publicar aunque sí de conservar. Mi afición al coleccionismo tiene sus exigencias.

¡No! ¡no!. Yo no me hubiese enfadado con Jaime Campmany si el orador hubiese sido yo, porque sus tesis tienen un valor parecido a las cotizaciones en Bolsa durante la etapa del Presidente Suárez. En Campmany —lo ha sostenido en otras ocasiones— se dan dos personalidades muy determinadas: una, la del escritor irreprochable, sereno, elegante, primoroso; otra, la del político. Para ser político le faltan dos cosas: una, aquella cualidad que señala el Conde de Romanones en su Breviario de Política Experimental: el instinto. Otra, para mí fundamental, ajustar la conducta a las declaraciones.

Antonio IZQUIERDO